

Climent es un hombre tostado por el sol, de cabello y bigote blancos, muy erguido, de mirada aguileña y un gozar de la vida mediterráneo y solar y los cuarenta batiks y el óleo que vi en el Salón de la Plástica Mexicana al terminar el año dan la misma impresión de fuerza en su estructura armónica y de un refinamiento gozoso en las formas y el color, matizado al infinito. Los azules juegan en insospechados acordes con la púrpura y los verdes glaucos, de curvas moriscas y largas líneas verticales que recuerdan Egipto y la Grecia arcaica. Los tonos de tierra —sepia, ocres, tierra de Umbria— se conjugan con verdes plateados, como de olivos, y la bizarría de formas y la búsqueda apasionada del matiz se salvan del rebuscamiento por una visión total, orgánica y jupiteriana, un fundirse en un todo hecho de muchas partes distintas.

“El batik”, dice Climent, “lo vi primero en blanco y negro en una exposición de arte oriental en el Palacio de Bellas Artes. Se lo debo a un joven pintor japonés que muy amablemente me permitió aprender su técnica que yo apliqué al color. En cuanto a otras técnicas nuevas, no, no pienso estudiarlas; me basta con el óleo que debería escribirse con letras mayúsculas, porque no es suficiente toda una vida para aprenderlo, ya no digamos dominarlo. La mayoría de mis cuadros no me satisfacen, pero los expongo y los vendo porque, en fin, no son peores que muchos otros que se ven, y hay que vivir. Soy muy exigente con los demás, porque soy muy exigente conmigo mismo”.

“¿El paisaje mexicano? No creo que exista una nacionalidad en el paisaje. Las Mil Cumbres, las puede usted ver cerca de mi casa de Altea. Pero eso sí, yo vine a México porque quise conocerlo. Me llamó mucho la atención. Hubiera podido quedarme en París, pero no quise. Y José María Velasco es un pintor que cree que ni los mexicanos lo aprecian como se debe. Sí, Velasco, y hubo Vermeer. . . El arte griego clásico me parece muy aburrido, pero el arcaico es maravilloso, y lo bizantino me atrae también sobre todas las cosas.”

En las abstracciones de Climent —abstracciones de objetos reales, cuyas esencias plásticas y cromáticas abstrae y pinta el artista —bodegones de cafeteras, jarras de formas esbeltas y redondeadas—, en los paisajes como *Iglesia blanca*, *Rito negro* o *Casas de Ibiza* se ve el afán a llegar a la estructura básica, a lo fundamental de la imagen, pero nunca cae en una simplificación propagandística, porque siempre existe el goce, la jocosidad junto con el rigor.

“A veces tengo que hacer un esfuerzo,” dice Climent, “para no dejarme llevar por la alegría que me produce preparar las herramientas para pintar. Sí, hay que ser un buen artesano antes que nada, pero se necesita también mucha disciplina, para pintar y para todo en la vida.”

Nos despedimos del pintor y de su esposa ya anochecido, cuando un océano de luces cubría el Valle de México, pensando en la amplitud de su visión, para la cual América y Europa, México y España no son más que puntos geográficos, dos lugares en los cuales le ha sido dado vivir, gozar y recrear la belleza del mundo.

Cine



Mictlán ¿Sueño o pesadilla?

Por David Ramón

Por principio dos aclaraciones: 1) asistí a la exhibición de *Mictlán** sin el menor propósito de escribir sobre ella; 2) con el máximo deseo de encontrar lo bueno que tuviera. A pesar de que todo lo visto y exhibido este año, de que todas las muestras del llamado “Cine Nuevo Mexicano Independiente” hasta ahora son sólo (si exceptuamos a Gámez y Cazals) absolutos fracasos; pensé optimistamente que “tal vez ahora sí”, que ésta tendría que ser una buena película, ya que se había preparado (supuestamente) con gran cuidado, se contaba con buenos elementos y se había trabajado en forma independiente, sin cortapisas, sin apresuramientos; y bien, ¿entonces? ¿Qué encontramos? ¿Qué vimos? ¿Qué presenciamos?

A manera de preámbulo unos personajes “indígenas” esotéricos en un ritual idem, quienes se supone preparan a un muerto para su viaje al más allá, a Mictlán, la mansión de los muertos. De inmediato se advierte que a pesar de ser sólo unos pocos los personajes y de que la cámara los fotografía sucesivamente (o, mejor dicho, se ponen frente a la cámara uno por uno), se ve como una

especie de amontonamiento, de abigarramiento. También a pesar de estar en un escenario natural, los movimientos de los actores y de la cámara son tales, que existe siempre una gran pesadez. Es más, tenemos siempre una imagen como de teatro filmado en escenario de cartón. Después de esto vienen los créditos e inmediatamente vemos una casa en ruinas, y oímos (bueno oímos es mucho decir porque no sé si debido al pésimo sonido del Auditorio de Humanidades, o porque deliberadamente está grabada así para darle un tono “poético”, o porque el proyeccionista se compadeció de nosotros y quiso ahorrarnos una serie de textos que ateniéndonos a los demás no valía la pena haber oído nunca) oímos, repito, unos como poemas. Luego aparece el rostro de Sergio Kleiner con una extraña, pero evidente ambigüedad y muy obviamente “fotografiado o captado al estilo Visconti” (aunque mal, claro). Después, él mismo y más o menos confusamente, como todo en esta película va, pero va marchando, aunque primero lo creíamos en una caminata normal, y parece que va de huída; y después parece que de pillaje sobre unos campos estériles y por fin llega a una aldea miserable. Todo esto en muy pocos minutos, pero todo mal fotografiado, mal ambientado y si no totalmente mal actuado, sí en forma contradictoria (saque de onda, dirían los jóvenes de la idem). Pasa lo siguiente: los actores tienen en sus movimientos y gestos un tono más o menos naturalista, mas sus voces, sus tonos son siempre altamente recitativos y solemnes como ellos creen o cree el director que debe decirse la poesía náhuatl y/o sus ideas filosóficas. Los actores que representan a los personajes indígenas agregan a todo esto el que dichos personajes representan símbolos (símbolos, sí, aunque obvios y baratos). De entre todos ellos el personaje que sale mejor librado es el de María (Silvia Li), debido a que casi no habla. Por otro lado el personaje



3 poemas



de Sergio Kleiner (Santiago) es tan absurdo e inverosímil que nos importa muy poco lo que le pase o deje de pasarle, por ejemplo que los indígenas (quienes por cierto están vestidos en todos los estilos de todas las épocas posibles) sorprendan a los restos de su tropa o lo que sea y hieran o maten a todos, incluyéndolo a él naturalmente; por lo que nosotros y todos los espectadores que hasta ese momento nos estamos aburriendo bastante, pensamos que aquí terminaría la película y nos alegramos muchísimo; pero no, el señor sólo está herido y todavía nos falta ver su agonía en la que recuerda toda su vida.

Resulta que era un pobre criollo más o menos enamorado de una muchacha india con quien hacía el amor en una forma rarísima (o por lo menos incómoda), y con quien vivía “un romance tipo película mexicana que trata de copiar a Visconti”, sin lograrlo, porque entre otras cosas para esto debe tener la cámara cierta agilidad; y por supuesto implica todo un trabajo, un plan previo cuidadoso, y no basta con mover la cámara sin ton ni son unas veces y otras dejarla estática por ratos larguísimos mientras se paran frente a ella los intérpretes. Pues bien, hasta aquí me estaba aburriendo, cuando llegamos a una escena en que el dicho Santiago expulsado por su padre busca, sueña o delira en un jardín: ni más ni menos que el jardín del Edén con unas hurfes de pacotilla, como de carpa o a lo más del teatro Blanquita; esto ya verdaderamente me irritó y fue cuando decidí escribir sobre la película, porque si hasta aquí habría sido algo absurdo, ridículo y aburrido, ahora se sumaba además la pretensión, y sin embargo todavía nos faltaba “lo mejor”. Ya casi para finalizar y para que veamos que todo, aunque aparentemente muy confuso no lo es tanto, y que el director sabe muy bien por dónde lleva la historia y que maneja perfectamente sus elementos, nos pone, y nos vuelve a poner, y nos repite, y nos vuelve a poner ciertas escenas (la expulsión de la casa paterna, el recibir las órdenes para su campaña militar, su romance, etcétera, o sea el *flashback* en el *flashback*, en el *flashback* como en *El manuscrito de Zaragoza*, sólo que aquí ¡oh decepción! pésimo. Aunque no se crea, esto no podía ser todo: ya para final absoluto dejó unas secuencias en que la película está bien en negativo, bien con otros mal logrados efectos de laboratorio, incluso con tomas del reciente eclipse de sol, todo en colores o tonos psicodélicos, pero horribles, que verdaderamente lastiman la vista (y ya no digamos un elemental sentido del buen gusto). Todo porque lo que ocurre es que se ha querido ilustrar en forma “poética”, haciendo una película de hora y media, la paupérrima y muy obvia idea ya por todos sabida (incluso por el PRI) de que somos mestizos; y porque se ha creído además, que la “magia” y la “poesía” son una serie de confusiones, disparates, arbitrariedades y falta absoluta de todo.

* *Mictlán*, 1969, Dirección: Raúl Kamfer. Fotografía: Alexis Grivas, Pablo García, Tony Kuhn. Intérpretes: Sergio Kleiner, Silvia Li, Lilia Aragón, Rocio Sagaón. Música: Guillermo Noriega, Luisa Durón.

Autorretrato

La manía por las profundidades y el augurio de un silencio seguro alejan, incrustan esa expresión.

Igual, a veces rosada penumbra, en la que observarse es estar justo en el centro.

Tu vida se esparce allí.

Hombre de la creación

Es aquí donde clamas por un goce sin par, ese minucioso instante en que te oyes respirar lo que pasa más de una vez pues si así no fuera ninguna sangre, ninguna lengua alcanzaría el tono de tus frases.

Tu hora es ésta y aquélla que no viviste. Este tu sueño y el sueño despierto y hablado por otros labios.

Nombrándote, en cualquier lado encuentras expectación y rebeldía y sobre todo un enorme derredor impacientemente mostrado.

Para saber y para esconder en vano la cabeza al fin te lanzas a esa altura donde todo es placer: la complacencia de lo incensante en ser presa y dilatación de tu espacio carnal.

¿Y esa confianza qué es?

Partir ha sido un éxito y volver todavía un camino, donde entre hormigones y auroras narras la historia de tus pies en marcha.

Edipo

Con claridad escuchas a la boca que acabas de besar y que ha puesto en tus ojos una visión donde la vida se aísla.

Entre tantos nombres, usas el que será elegido por el deseo de los otros. Y así saldada tu deuda, pasas de la tragedia a la incomprensión.

Penetrar, ser poseído, no tiene relación con el destino. Sí con el Origen, que hace del amante esa polución precisa donde se aclara su sangre.